

¿Qué es el Humanismo Cristiano?

† JORGE HOURTON POISSON*
Universidad Católica de Temuco

Las expresiones más familiares son con frecuencia empleadas con significados supuestos y así fácilmente admitidas con la frágil evidencia que les presta el uso común. ¿Es de este tipo la expresión “Humanismo Cristiano”?

La celebración del 75 Aniversario de la Universidad de Concepción es una buena oportunidad para hacer un ensayo de inventario de los diferentes humanismos que confluyen en nuestras Universidades chilenas. Es para mí una gratísima invitación y un inmerecido honor que agradezco muy sinceramente, el subir a la cátedra de don Enrique Molina, quien con tanta finura, competencia y elegancia procurara sembrar semillas generosas del Humanismo en estos claustros, por largos y recordados años.

1

En una primera y somera aproximación, podrían darse motivos para dudar que se pueda definir conceptualmente con precisión y por ende darse objetivamente en la realidad social un auténtico Humanismo Cristiano. El Cristianismo, podría argüirse, es una Religión cimentada en la pretensión

* MONSEÑOR JORGE HOURTON POISSON: Rector de la Universidad Católica de Temuco.

de tener origen divino por Revelación auténtica. Por lo tanto, todo lo que de ella deriva pertenece al ámbito del sentimiento religioso o de las creencias. Más todavía, en el caso del Cristianismo, la religión revelada se institucionaliza en Iglesia –y aun en Iglesias–, lo que parece restringir todavía más la amplitud y universalidad de lo que se requiere para hablarse de Humanismo. Si por Humanismo hay que entender una cosmovisión que no trascienda los horizontes meramente humanos y racionales, sino que se nutra sólo de la savia de la inteligencia natural y se mueva sólo en el ámbito de la experiencia y de los valores proporcionados a la humanidad en cuanto tal, entonces el pretendido Humanismo Cristiano rebasaría los cercos de lo humano e introduciría elementos hipotéticos u opcionales que supondrían algún tipo de trascendencia indemostrada o gratuitamente asumida. Las categorías de lo sobrenatural o de lo metafísico trascendente (en el sentido de “más allá de la experiencia científica”), al parecer no se concilian –y más bien se excluyen– del contenido esencial de cualquier Humanismo.

Un somero análisis histórico pareciera apoyar esta primera exclusión. En la historia de la cultura, se conoce con el nombre de Humanismo al movimiento cultural que surgió en los siglos XV y XVI a partir de Italia, pero con rápidas y amplias extensiones a Francia, Países Bajos, España y al mundo celta y anglosajón. Desplazando la cosmovisión medieval, esencialmente religiosa y teocéntrica, en el suelo occidental comenzó a florecer la literatura y especialmente la poesía en lenguas vernáculas que se inspiraron en los modelos paganos greco-latinos y cantaron sentimientos e ideas humanas hasta entonces más bien contenidas. En las artes plásticas, con una asombrosa explosión de la pintura, la escultura, la arquitectura, etc., que se inspiraron en los antiguos modelos redescubiertos bajo el suelo de Italia o traídos del Oriente, dieron el nombre de Renacimiento a la imitación y reviviscencia de los modelos clásicos greco-latinos, recreados con fabuloso esplendor y abundancia. No obstante expresarse mediante motivos y temas religiosos, el Humanismo se presenta culturalmente como una nueva inspiración, no ya como ejercicio de la virtud de la religión –cuyo objeto es directamente la honra y el culto de Dios–, sino como gozosa conciencia del descubrimiento y liberación de las aspiraciones humanas, actualizadas por destrezas naturales y por las técnicas desarrolladas de las artes. Los anónimos artesanos medievales se convierten en artistas renacentistas que acceden a la fama y sus miradas no se dirigen sólo a lo alto en actitud contemplativa sino que descienden a lo terreno, humano, cotidiano, claramente figurativo y realis-

ta, con un virtuosismo cultivado con genio y técnicas originales y novedosas. No es que Dios quede enteramente desplazado por el Hombre en la vivencia cultural humanista, pero es verdad que el mismo arte religioso reviste la mayor belleza humana posible, tomada ella ya no en una mística idealización de figuras angélicas –como era todavía en Giotto o en Fra Angélico– sino en las madonas pueblerinas que se escogen como portadoras de lo divino, fundándose en el principal dogma cristiano, el de la Encarnación.

No, el Humanismo renacentista no se vació de lo cristiano. Se volcó más atentamente al Hombre, pero no excluyó que el prototipo de humanidad fuera el Cristo de la historia y de la fe. Fundado en ese paradigma tan visible y reiterado –tanto en el arte bizantino como en el occidental– se esmeró siempre en superar a todos los iconoclastas que apelaban a textos bíblicos para censurar la reproducción de la figura humana de Dios. Curiosamente la tensión surgirá de nuevo justamente en el siglo XVI cuando los reformadores sacarán de los templos todas las imágenes populares y todos los símbolos sacramentales que catequizaban a los pobres, aunque no quisieran aislar a la fe de toda expresión artística.

Contrariamente a una apreciación muy parcial aunque difundida, el Humanismo renacentista no fue un corte drástico y una profunda innovación respecto al Humanismo evangelista que caracterizó la cultura occidental cristiana en la Edad Media. Muchos historiadores del pensamiento y de la cultura, como Werner Jaeger, Giuseppe Toffanin o Etienne Gilson han mostrado tanto las raíces profundas del Humanismo en la Edad Media, como la pervivencia del sentido cristiano en el Renacimiento. Como ejemplo de lo primero, raíces del Humanismo en la Edad Media, basta nombrar a Dante Alighieri, cantor de la idealización mística del amor humano; o si se quiere más pasión terrena, a Eloísa y Abelardo con esa locura del amor sublimado. Como ejemplo de lo segundo, pervivencia cristiana en el Humanismo renacentista, habría que olvidar a casi todos los Miguel Ángel, Rafael, Perugino y la turba incontable de los artistas del Renacimiento que construyeron basílicas, pintaron todos sus muros y palacios, tallaron sus bronce y compusieron sus melodías religiosamente inspiradas. Habría que borrar también las prosas humanistas de Francisco de Sales, de Erasmo de Rotterdam, de Nicolás de Cusa y de una pléyade de autores inmortales de la literatura universal.

No, el Humanismo no se construyó ni en contra ni al margen de la fe cristiana. Son los hechos históricos pues, son personajes reales y obras

monumentales, los que permiten justificar plenamente la entrada en nuestra Historia de ese algo real y objetivo que denominamos el Humanismo Cristiano.

2

A través de la historia, desde entonces, el Humanismo Cristiano puede revestir diferentes expresiones. Puede sufrir también ciertos eclipses y debilitamientos. Pero en la historia del pensamiento cristiano es posible detectar la persistencia del esfuerzo por proyectar, o encarnar en la cultura la inspiración cristiana. El dogma central del cristianismo, esto es, la verdad revelada que más constante e insistentemente atestiguan los discípulos de Cristo, es el dogma de la Encarnación. “Y el Verbo de Dios se hizo carne” (Jo. 1,14). “Dios con nosotros” o “Emmanuel” es el significado propio del nombre de Jesús. Cristo es Dios humanizado, sin perder su eterna naturaleza divina. El proyecto de realizar plenamente la existencia humana no puede pues prescindir del hecho central de la Encarnación. Tanto más cuanto que el asumir la naturaleza humana no es una hazaña pasajera y superficial, sino un hecho indestructible e irrepetible, que vincula definitivamente a toda la Humanidad con el Salvador, para ser recreada, o redimida, esto es salvada. “Cur Deus Homo?” se pregunta San Anselmo, teólogo medieval humanista. “Propter nos homines et propter nostram salutem, des cendit de caelo” proclama el Símbolo de Nicea ya desde el siglo V.

En consecuencia, “Humanismo Cristiano” es el proyecto derivado de la fe en la Encarnación de Dios. Se da realmente en la Historia, no como una ideología cultural o política, sino como la vivencia de los cristianos que quieren ser al mismo tiempo hombres y cristianos. Hombres humanistas –valga la redundancia– para poder ser humanistas cristianos.

Puede haber períodos en la Historia en que se olviden o debiliten su humanismo y entonces entrarán también en crisis cristiana. Pienso en los conquistadores que oprimieron a los indígenas, en América Latina o en cualquier otra parte; en los traficantes de esclavos que no sintieron escrúpulos ni humanistas ni cristianos; en los que han desencadenado tantas guerras –las guerras de religión, p. ej.– o las guerras de conquistas o las guerras raciales; las guerras preventivas o represivas, etc. Pienso en los torturadores, en los crímenes políticos, en las dictaduras militares que casi siempre se irguieron contra las aspiraciones populares; en las cobardías morales que

afianzan la impunidad, etc. En todo ello se extravía la condición de cristiano junto a la dignidad humana.

Tiempos de eclipse del Humanismo Cristiano se producen cuando ciertos caracteres “mundanos” o “secularistas” predominan en las vivencias de las sociedades y seducen a los cristianos. Cuando la grandeza mundana reviste formas de prestigio y de riqueza, generalmente a causa de un autoritarismo sacralizado, entran en conflicto con los valores evangélicos que son más consentáneos con el Humanismo Cristiano. La época de las grandes monarquías absolutistas, ya sea de los Reyes Católicos de España o de sus “Majestés très chrétiennes” de los Luises en Francia, o del Reino de Enrique VIII en Inglaterra, el de los Déspotas ilustrados de Alemania, de los Zares de la Rusia Imperial, o de Napoleón Bonaparte en Francia al día siguiente de la Revolución Francesa -considerada entonces como persecutoria de la Religión-, todas ellas son oficialmente muy “religiosas”, pero no brillan por la vigencia del Humanismo Cristiano.

Tiempos de fermentación en direcciones nuevas y renovadoras, en cambio, son concomitantes con el reconocimiento de valores casi inadvertidos en sociedades en proceso de transformaciones y de sentidas aspiraciones. La revolución industrial moderna, por ejemplo, que trajo consigo aspiraciones libertarias e igualitarias, junto con ir aparejada con la implantación del sistema capitalista que caracteriza la modernidad racionalista, despierta también aspiraciones de justicia social, de sensibilidad ante la miseria de las clases explotadas, e irrumpe en la creatividad espiritual con nuevos bríos en demanda de un mayor vigor humanista. Así entiendo el surgimiento de la Doctrina Social de la Iglesia a partir de León XIII y los obispos alemanes que desencadenaron entre cristianos una nueva y caracterizada etapa del Humanismo Cristiano. Así entiendo también que, al término de las dos grandes tragedias bélicas de la primera mitad de nuestro siglo XX, cuando habían predominado ideologías políticas tan contrarias al espíritu cristiano como fueron los fascismos en naciones de raigambre cristianas, pero olvidadas de su Humanismo; o las ideologías revolucionarias o simplemente republicanas secularizadas, como aconteció en las democracias occidentales, hayan surgido tres líderes testigos del Humanismo Cristiano, como fueron Adenauer, De Gasperi y De Gaulle, para reconstruir Europa sobre nuevas bases políticas humanistas, con la sabiduría, audacia y prudencia de otros Humanistas cristianos, como Maurice Schumann y Jean Monnet.

En nuestra patria, no creo ceder a juicios precipitados o infundados, si

descubro que la acogida de la enseñanza social de las encíclicas, ya desde comienzos de nuestro siglo, pero mucho más desde la década de los años veinte, causó un surgimiento de sensibilidad social que se manifestó como brote de Humanismo cristiano en contraste con las viejas prepotencias de las oligarquías conservadoras. La figura del Padre Hurtado, justamente autor de una obra intitulada *Humanismo Social*, tan recordado con cariño por el entusiasmo que despertó en nuestra inquieta juventud, hoy cuarenta años después de su muerte se halla próxima a su beatificación.

3

Tampoco creo exagerar si recuerdo además que en los tiempos oscuros de la dictadura militar, de la que nos queda sobre todo –agudizada por la persistente impunidad– el triste recuerdo de las más crueles violaciones a los derechos humanos, otra figura relevante de nuestra Historia, el Cardenal Silva Henríquez, desplegó una insistencia en el Humanismo Cristiano, y creó una institución justamente con ese propósito académico, para salvar valores y personas en la tempestad.

A la vista de esta realidad vivida, ¿cómo podríamos hoy día, a diferencia de los siglos XV y XVI, caracterizar a nuestro Humanismo Cristiano moderno?

En primer lugar, cabe señalar que el Humanismo moderno se constituye por sucesivos descubrimientos culturales que van respondiendo a aspiraciones sentidas no tanto por grandes genios individuales sino por los pueblos y sobre todo por los pueblos de los pobres.

En nuestra América Latina, cuando Bartolomé de las Casas asume la defensa de los pobres indígenas oprimidos y explotados por los conquistadores, es ante todo la Dignidad Humana y Cristiana la que lo atrae como la estrella de Belén atrajo a los Reyes Magos al Niño Pobre de Belén. La Dignidad del Hombre y del Pobre, es pues un primer ingrediente del Humanismo Cristiano.

En segundo lugar, cuando se trata de la defensa de la dignidad humana, lo que se busca promover ante todo es, no sólo el alivio de su condición sino su verdadera Liberación. La Libertad por consiguiente, la verdadera libertad de los Hijos de Dios, es un valor definitorio del Humanismo Cristiano. Liberación de lo antihumano, de los males optados por la libertad corrom-

vida, los pecados, que excluyen el amor al prójimo y a Dios. La libertad no siempre se capta como un valor cristiano, sencillamente porque no siempre toda libertad lo es. La libertad egoísta, avara o soberbia; la libertad erigida como una estatua allí mismo donde se erige un imperio de dominación, es su exacto contrasentido. No es raro que se constituya en sistema, se adorna con un “ismo” y se convierte en Liberalismo. Con él, el Humanismo Cristiano tiene relaciones algo tensas y fluctuantes, porque sospecha que sirve de pantalla a los egoísmos y a consolidar las injusticias.

En tercer lugar, siguiendo esta línea de reflexión, hay que incluir entre los contenidos del Humanismo Cristiano a los Derechos Humanos. Cuando éstos fueron enumerados por la Convención, durante la Revolución Francesa, el Papa frunció el ceño, demoró dos años en pronunciarse y finalmente los condenó, no en sí mismos, sino porque fueron empleados durante el Terror para oprimir y perseguir, muchas veces hasta la guillotina, a eclesiásticos y religiosas, nobles y plebeyos. Pero cuando el magisterio pontificio tuvo una mejor experiencia de las situaciones sociales y políticas del mundo moderno, no tardó en hacer su propio elenco de los Derechos Humanos, ya con la doctrina social expuesta por *Rerum Novarum*, pero más elaboradamente por las enseñanzas de Pío XII durante la Segunda Guerra Mundial.

Junto a Derechos Humanos encontramos sin duda otros dos valores modernos que el Humanismo Cristiano reconoce como contenidos que está siempre dispuesto a compartir con “todos los hombres de buena voluntad”.

Me refiero al régimen democrático y a la Justicia Social. Normalmente debieran ir siempre juntos, pero las teorías y los ideales son con frecuencia traicionados por la realidad social, con su contraste de intereses, su capacidad de disimular, imponer, engañar y defraudar. Tampoco el Humanismo Cristiano se ha realizado en el mundo de un modo acabado y perfecto. Lo hemos señalado: no es un sistema abstracto, una teoría, una ideología o una utopía. Es un hálito de gracia que de vez en cuando sopla sobre las situaciones sociales defectuosas o corrompidas, cuando alguien vuelve a extraer del Evangelio los gérmenes vitales del Espíritu que sopla donde y cuando quiere, pero sobre todo, como “*Pater pauperum*”, padre de los Pobres”, viene en auxilio de su pueblo oprimido para liberarlo y reconducirlo a un orden donde mane la Justicia y el Derecho, el Amor y la Paz.